

Entre paredes y redes. Escuelas, tecnologías digitales y subjetividades

Paula Sibilía ⁽¹⁾

Este artículo surge de una conferencia que dictó la autora el 27 de octubre de 2021 en el marco del ciclo “El contenido de la forma”, organizado por el Área Transdepartamental de Formación Docente de la Universidad Nacional de las Artes.

Los cuerpos y las subjetividades no son universales y eternos: vamos cambiando, nos adaptamos a los distintos contextos culturales y, en ese sentido, nos volvemos “compatibles” con ciertas tecnologías, que son las tecnologías de cada época. Y, sobre todo, nos “compatibilizamos” con los modos de vida que esas tecnologías proponen, suponen y estimulan, que son también modos de vida históricos. Desde esta premisa básica de la antropología y de la genealogía, es que proponemos pensar la cuestión escolar.

Nuestra sociedad está dejando atrás la era moderna, configurada a fines del siglo XVII, que tuvo su auge en el siglo XIX y buena parte del XX. Ese régimen histórico, simbolizado por la influencia sociocultural, política y económica irradiada por las metrópolis europeas, que llegaron a expandirse por buena parte del planeta con su impulso colonizador, modernizador e industrializador, producía cierto tipo de cuerpos y subjetividades. Es fácil percibir que los sujetos modernos eran “compatibles” con diversas tecnologías analógicas, como el libro impreso, el cuaderno, el lápiz, el papel, la lapicera y la propia escuela. Ese es el régimen histórico que hoy estamos abandonando, en una transición cada vez más avanzada hacia otro tipo de sociedad: una sociedad cuyos cuerpos y subjetividades son cada vez más “compatibles” con las tecnologías digitales. De modo que estamos transitando de una sociedad mecanicista, mecanizadora, mecanizante, que industrializó la vida bajo la poderosa metáfora de la máquina analógica -compuesta de puro hardware-, hacia una sociedad que tiende a digitalizarlo todo: la vida, los cuerpos, las subjetividades, los modos de vivir.

1. Paula Sibilía es investigadora y ensayista argentina residente en Río de Janeiro. Estudió Comunicación y Antropología en la Universidad de Buenos Aires (UBA), luego cursó una maestría en Comunicación (UFF), un doctorado en Salud Colectiva (IMS-UERJ) y otro en Comunicación y Cultura (ECO-UFRJ). Publicó, tanto en portugués como en español, los libros *El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales* (2005), *La intimidad como espectáculo* (2008) y *¿Redes o paredes? La escuela en tiempos de dispersión* (2012). Es profesora del doctorado y la maestría en Comunicación (PPGCOM) y del Departamento de Estudios Culturales y Medios de la Universidade Federal Fluminense (UFF), además de ser investigadora becaria de las agencias brasileñas CNPq y FAPERJ. En 2012 realizó un postdoctorado en la Université Paris VIII, de Francia; y, en 2019, otro en la Universidad de Buenos Aires (UBA), de Argentina.

Las tecnologías no son neutrales

Desde una perspectiva antropológica y genealógica, sabemos que las tecnologías no son neutrales. Todas las tecnologías tienen la marca de una época, es decir, son históricas, traen incorporados valores y creencias de la época que las gestó, las inventó y las adoptó. No es cierto que se las puede usar de cualquier forma o que dependen del modo en que se las use, como suele decirse. Por más amplios y abiertos que sean, esos modos de usarlas tienen sus restricciones. Toda y cualquier herramienta supone, propone y estimula ciertas formas de usarlas; y generalmente las usamos de esa manera y no de otras. Esos modos de usarlas implican también, por lo tanto, ciertos modos de vivir bastante específicos e igualmente históricos.

Cada vez tenemos más indicios de que los modos de vida modernos están quedando anticuados. En el auge de la cultura occidental moderna, en el siglo XIX y una parte del XX, la escuela se valió de dispositivos como lápiz, papel, cuaderno, pluma, escritorio, biblioteca, tintero, cartas... Ese tipo de tecnologías analógicas de lectura y escritura, fueron importantísimas para la implantación del proyecto modernizador o civilizador, del mismo modo que la propia escuela fue un ingrediente primordial de ese proyecto industrializador o mecanizador de la vida. Pero hoy notamos una incompatibilidad cada vez más acelerada con esas tecnologías analógicas, así como una creciente *compatibilidad* con las tecnologías digitales.

Al compatibilizarnos con los dispositivos digitales que nos permiten estar conectados en cualquier momento y lugar, dejamos de ser aquellos cuerpos modernos, ya anticuados, que tuvieron su auge en la cultura occidental decimonónica, y nos vamos convirtiendo en otros tipos de cuerpos. Formas de vivir que hasta hace relativamente poco tiempo (30, 40 o 50 años) podrían parecer salidos de una película de ciencia ficción, pero ahora nosotros somos sus protagonistas. ¿A qué me refiero con esa transformación tan impactante de los "modos de vivir"? Es una expresión un tanto vaga y potencialmente amplísima, que puede interpretarse de diferentes maneras. En ese inmenso conjunto de factores posibles, yo priorizo dos ejes: por un lado, el uso del tiempo y del espacio y, por el otro, los modos de relacionarnos con nosotros mismos, con los demás y con el mundo.

Pensemos en este ejemplo, para comenzar: las conferencias presenciales, que solíamos tener de modo casi exclusivo hasta 2020 y, en contraste, las conferencias digitales, que antes ya sucedían pero que con la pandemia se generalizaron. Pensemos cuáles son los usos del tiempo y del espacio en cada una de esas dos situaciones. Para una conferencia analógica, por ejemplo en Buenos Aires, yo tendría que tomarme un avión desde Río de Janeiro y cada uno de los asistentes tendría que tomarse un colectivo, un taxi o tendría que haber ido caminando al auditorio. Además, tendríamos que haber desarrollado toda una serie de rituales que tienen que ver con el espacio y con el tiempo, que son muy distintos a los rituales espaciales y temporales compatibles con las videoconferencias.

También es evidente que cambian los modos de relacionarnos con nosotros mismos, con los demás y con los otros en esta nueva situación de las conferencias online. Si este encuentro que estamos teniendo ahora fuese presencial, por ejemplo, tal vez al final iríamos a tomar un café, caminaríamos juntos hasta la puerta del auditorio, compartiríamos el transporte público, conversaríamos sobre otras cosas, etcétera. Lo mismo ha ocurrido con las clases escolares: es muy distinta la experiencia espacio-temporal de las clases analógicas y de las clases digitales.

Claro que podríamos ver continuidades y semejanzas. De hecho, seguimos usando la misma palabra, "clase", para definir ambas situaciones, suponiendo que lo único que cambia es el soporte tecnológico. En un caso es un edificio físico, con pupitres, pizarrón, tiza, mientras que en el otro caso son computadoras, internet, módems, teléfonos celulares. Podrían interpretarse como si ambas "clases" fueran experiencias muy parecidas, aunque usen tecnologías distintas para lograr el mismo fin. No digo que no sea válido pensarlo de esta otra manera, pero mi propuesta es pensarlo de otra forma, con otra perspectiva: enfatizando las diferencias entre ambas situaciones, como propone la mirada antropológica y genealógica. Entonces, la pregunta que les propongo es la siguiente: ¿en qué medida se trata de experiencias diferentes, y qué ruptura histórica se pone en evidencia al pasar de una a la otra?

Índices de un nuevo régimen histórico

Más allá de la experiencia escolar, podemos hacer otras comparaciones. Pensemos en un medio de comunicación como las cartas. Por un lado, tenemos la carta escrita a mano, que se ponía en un sobre y luego se despachaba en el correo o en un buzón para que un cartero se la entregase a la persona destinataria en alguna lejana parte del mundo. Por otro lado, ahora, tenemos los mensajes de *WhatsApp*, por ejemplo. Ambas tecnologías son comparables porque se podría decir que implican modos de hacer lo mismo –comunicarse con alguien que está ausente-- pero usando soportes tecnológicos distintos; sin embargo, también podemos verlos enfocando sus diferencias.

Los usos del tiempo y el espacio, en los viejos intercambios epistolares, eran muchísimo más dilatados: las respuestas solían demorar semanas o meses, las distancias eran trabajosamente conquistadas desplazando un objeto material por la superficie del planeta. Además, todo el ejercicio de paciencia, de espera y de incertidumbre que demandaban esos ritmos analógicos, ya no están presentes en nuestra manera de usar *WhatsApp*. No es casual que en la pantallita haya un signo que nos informa si la persona destinataria vio o no nuestro mensaje, o cuándo fue la última vez que se conectó, o dónde se encuentra en este momento, entre muchas otras opciones de "monitoreo" que los dispositivos de ese tipo suelen ofrecernos. Puedo mandar un mismo mensaje a mucha gente a la vez; puedo mandar fotos, audios y videos ilimitadamente, desde cualquier lugar y en cualquier momento; y todo está impregnado de una velocidad, una ubicuidad y una instantaneidad antes inimaginables. Como se ve, además de los cambios muy evidentes en los usos del tiempo y del espacio, son experiencias vitales muy distintas.

Lo mismo ocurre con los medios de comunicación masiva. Los medios analógicos, como diarios y revistas impresos, novelas y folletines, radio y televisión analógicas, el cine, etc., que tuvieron su auge en el siglo XIX y buena parte del XX, están en crisis hace ya varias décadas. En parte, porque las tecnologías digitales los vienen desafiando a actualizarse o a reformularse. No solo está en crisis la producción y circulación de esos medios, sino también el tipo de experiencia que proponían al consumirlos.

Pensemos en el tipo de experiencia que suponía leer un diario impreso en aquellos tiempos en que no había otras formas de informarse. El diario salía una vez por día, generalmente por la mañana muy temprano. De modo que debía "parar las rotativas" si salía una noticia muy importante de último momento, o más habitualmente se esperaba al día siguiente para dar una noticia ocurrida, por ejemplo, a las dos de la tarde. Además eran pocos: cuatro o cinco en cada país, los de circulación nacional, con nombres tan pomposos como circunspectos: *El Mundo*, *La Nación*, *El País*, *La República*, etc. Si alguien deseaba tener acceso a las noticias de otros países, había que esperar

a que llegaran en barco o avión, y aun así de modo bastante restringido. Ahora, en cambio, accedemos a la infinita, constante e impetuosa renovación de las noticias digitales, todo el tiempo y sin fin, con una multiplicación de fuentes y un flujo ininterrumpido.

Similar comparación entre los usos del tiempo y del espacio en cada caso, así como la experiencia de relación con uno mismo y con los demás que cada medio supone, propone y estimula, podríamos hacer en lo que se refiere al cine moderno y las actuales plataformas de *streaming*, por ejemplo. O entre los diarios íntimos, aquellos que se guardaban en escondites secretos, con cerrojos, que podían llevar a dramas terribles si alguien que no fuera su autor tuviera acceso, por un lado, y la experiencia de contarse a sí mismo en las redes sociales de internet, por otro lado.

Otra posible comparación son los mapas. Por un lado, aquellos impresos en papel, que usábamos cuando íbamos a hacer turismo en una ciudad desconocida, o incluso la guía *Filcar* de la Ciudad de Buenos Aires para sus propios habitantes, o el globo terráqueo o los mapas colgados en las paredes de las escuelas. Todas esas maneras analógicas de representar la espacialidad contrastan con dispositivos digitales con los cuales nos "compatibilizamos" en los últimos tiempos, como el GPS, *Waze* o *Google Maps*, que generan una experiencia de la territorialidad muy distinta, que incluso requiere de otros procesos cerebrales e implica relaciones diferentes con los demás y con el mundo.

Todas esas innovaciones técnicas son indicios de una gran transformación histórica, que es identificable a partir de la "compatibilidad" de nuestros cuerpos con las tecnologías digitales, pero que va mucho más allá de ese plano meramente técnico. Implica una inmensa transformación en los modos de vivir, un proceso del que las tecnologías forman parte, pero del cual no son su causa. Es en esa gran mutación del mundo mecanizado al digitalizado donde se inscribe también la actual crisis de la escuela. Una forma de observar ese fenómeno es a partir del atravesamiento de todas las paredes, incluso las escolares, por las redes, con las que nos hemos vuelto cada vez más "compatibles".

Pensemos en la imagen típica de la familia o el grupo de amigos reunidos en una mesa, cada uno con su dispositivo digital, conectado con otras personas, con otros espacios, con otras temporalidades, más allá de las paredes que supuestamente los reúnen y constriñen. Las personas están encerradas entre esas paredes, pero la capacidad de esos muros ya no es la que solía ser cuando las instituciones modernas no estaban en crisis. Ahora todas las paredes están siendo desafiadas o directamente desactivadas, no están cumpliendo su papel o tienen dificultades para hacerlo, porque la lógica de las redes es cada vez más eficaz y más predominante. Por lo tanto, nuestras espacialidades y temporalidades ya funcionan de una manera que nos cuesta compatibilizar con la propuesta moderna de la escuela, del hospital, de la biblioteca, del cine, incluso del hogar familiar y de los bares o restaurantes. Con la pandemia todo eso se intensificó, aunque es algo que ya hace tiempo estaba en curso. Todas las actividades que solían suceder en esas instituciones físicas de modo presencial pasaron a ocurrir en la "virtualidad" de las pantallas interconectadas.

Además, en las videollamadas que proliferaron con la pandemia vimos cómo nuestras casas, nuestros ambientes privados y muchas escenas que antes habríamos considerado íntimas, se filtraban en esos espacios públicos "virtuales" de las clases o reuniones *online*. Esto también es algo que venía ocurriendo desde antes, pero se intensificó enormemente. A principios de este siglo, cuando escribí la tesis de doctorado que se convirtió en mi libro *La intimidación como espectáculo* (2008), todavía no existían los teléfonos celulares ni las redes sociales como *Instagram* o *TikTok*, sin embargo, ya se vislumbraba este fenómeno de exhibición creciente de la intimidad.

O sea, todo aquello que antes se consideraba inmostrable, ya sea por ser demasiado trivial o por ser demasiado valioso, estaba protegido de las miradas públicas. Yo lo nombré *extimidad*, para no usar la misma palabra cuando ya estamos hablando de otra cosa. "Extimidad" significa aquello que antes era íntimo, ex-íntimo, pero el prefijo "ex" también denota algo externo en vez de interno, en el sentido de que es una "intimidad" que ahora se muestra "hacia afuera" y no que se guarda "hacia adentro". Ese conjunto de actividades y sentimientos que comprende a los afectos, la sexualidad, la desnudez, la comida, toda suerte de trivialidades cotidianas o incluso episodios que antes se pensaban como vergonzosos y que, por tanto, no debían ser mostrados en el espacio público, ahora se muestran ante las miradas ajenas.

En la era moderna había una diferenciación muy clara entre el ámbito público y la esfera privada, que a su vez hospedaba a la intimidad, ese concepto tan burgués. Esa diferenciación entre ambos tipos de espacios estaba demarcada por paredes, pero también por pudores. Barreras físicas reforzadas por valores morales: el pudor, el decoro, la discreción, que inhibía la exhibición de todo aquello que se suponía privado y que, por tanto, no debía ser mostrado. Había pudores reforzando las paredes, que muchas veces eran mucho más sólidos y potentes que los meros ladrillos. Hoy no sólo se ha vuelto mostrable lo que antes no podía ni debía ser mostrado, sino que además se supone que *deberíamos* mostrarlo. Las redes sociales son el canal privilegiado para practicar estas novedades, a las cuales nos hemos habituado muy rápidamente. Según esas nuevas reglas del juego, la vida cotidiana es convocada a *performar* y a realizarse cada vez más en la visibilidad, aunque siempre respetando toda una serie de códigos de estetización y de marketing personal.

De modo que cuando pensamos en modos de vivir, en modos de ser y estar en el mundo, que son propios de nuestra época y están asociados a estas tecnologías digitales, yo resaltaría dos características: visibles y conectados. Aprendimos a vivir de este modo: en la visibilidad y en la conexión constante, en contacto fluctuante con cantidades crecientes de personas. Y, además, sin límites de espacio ni de tiempo. Estamos conectados y visibles en cualquier momento y en cualquier lugar, al menos idealmente y cada vez más realmente. Estamos *online* en la calle, en la cama, en el transporte público y en la escuela. De noche, de día, en el horario escolar o de trabajo, durante el fin de semana, etc.

Esto implica una novedad y un conjunto de desafíos gigantescos. Ninguna otra cultura se vio expuesta a esto, a vivir de esta manera: visibles y conectados en cualquier momento y en cualquier lugar. Y esta transformación viene acelerándose, intensificándose y complejizándose sin cesar. Al vivir en la visibilidad y la conexión constantes, también administramos de modo diferente nuestro tiempo y nuestro espacio. Además, nos relacionamos con nosotros mismos, con los demás y con el mundo de otras maneras: mediados por imágenes y pantallas, estetizando de modo publicitario los acontecimientos vitales, con otros criterios para distinguir realidad y ficción, etc.

Consideremos que los teléfonos celulares nunca se detienen: internet funciona 24 horas al día, los siete días de la semana. No para cuando dormimos, no para cuando nos vamos de vacaciones, no para el fin de semana ni cuando se supone que estamos haciendo otra cosa. De modo que si nosotros paramos o nos apartamos, nos perdemos todo lo que está ocurriendo "allí", en el flujo infinito de las redes. Un ejemplo son los grupos de *WhatsApp* del trabajo: antes teníamos la reunión una vez por semana o cada quince días, por ejemplo, en un espacio-tiempo muy delimitado; y cuando terminaba la reunión, salíamos y nos dedicábamos a otras cosas. Ahora la reunión es 24/7, está todo el tiempo allí, sucediendo en la palma de nuestra mano.

Mientras ese tipo de actividades o situaciones, antes delimitadas espacio-temporalmente, se compatibilizaron con la dinámica digital que desconoce todo límite, lo mismo viene sucediendo con todo lo demás: los grupos familiares, los grupos del colegio, los mensajes de todo tipo que centellean y silban en nuestras pantallas. En ese sentido, es recomendable el libro de Jonathan Crary, *24/7: El capitalismo al asalto del sueño*, que problematiza críticamente la instauración de esta demandante temporalidad infinita. No es casual que, además de visibles, conectados y dispersos, estamos cada vez más exhaustos. La idea es “vivir en modo wi-fi”, porque si internet y los celulares funcionan sin pausas, al compatibilizarnos con ellos, nosotros también deberíamos funcionar así. Claro que esto no significa que todo sea “culpa” de los celulares, o que esa tecnología sea la causa directa y exclusiva de estos cambios históricos. El problema es mucho más complejo y se viene gestando hace décadas, con la participación de un conjunto de factores económicos, políticos y socioculturales, más allá de lo estrictamente tecnológico, que influyeron en la configuración de los modos de vida contemporáneos y llevaron, incluso, tanto a la invención como a la rápida adopción de estos aparatos.

Los modos de vivir en red tienen esta característica fundamental que es lo ilimitado. Las paredes modernas, en cambio, incluso las paredes escolares, eran una máquina de poner límites. Cuando se abre la puerta se puede salir al recreo, cuando éste termina se vuelve a entrar al aula y se cierra la puerta; de ese modo, las paredes de las instituciones modernas ponían límites espaciales y también temporales, con la ayuda de manuales, reglamentos, leyes, normas y jerarquías cuya validez era consensuada. En cambio, en las redes todo es virtualmente ilimitado y disperso.

Antes teníamos límites rígidos estructurando los modos de vida que Michel Foucault llamó “disciplinarios”. Las paredes que “confinaban” a los cuerpos “dóciles y útiles” de la era industrial simbolizaban esos límites, pero además había límites “interiorizados” que eran más eficaces todavía. El “Super Yo” freudiano, por ejemplo, la autoridad paterna y la ley plasmados en el psiquismo humano. Los deberes de los ciudadanos en primer lugar y en contraste con los derechos. La vigilancia centralizada, la represión tanto externa como interna, la culpa como un mecanismo crucial de la subjetividad moderna.

Todos esos límites autocensuradores en nombre de “la civilización” se contraponen con la falta de límites de la era contemporánea, que no es meramente tecnológica, sino que también tiene que ver con nuestros valores: queremos hacerlo todo y se supone que también tenemos permiso o legitimidad moral para hacer todo lo que deseamos. Hay una legitimidad para desafiar todos los límites, pero también una incapacidad de autolimitarse si así lo deseáramos, por ejemplo. Hay un estímulo, permitido y legítimo, de quererlo todo y, a la vez, una frustración creciente al no poderlo todo. Al no poder casi nada, en realidad, comparado con todo lo que querríamos.

Este dilema lo trabajé en un breve texto titulado “El malestar de lo ilimitado”, que está disponible en internet. Es una suerte de paradoja, porque cuando estábamos superando el problema del sufrimiento por la rigidez de los límites, de la represión, del deber, toda esa moralidad que tuvo su vigencia en la sociedad disciplinaria, nos encontramos con un nuevo problema imprevisto: el sufrimiento por lo ilimitado. Aquí entonces vemos cómo las transformaciones históricas en los modos de lidiar con el tiempo y el espacio son fundamentales, y cómo van mucho más allá del mero cambio técnico de la mecanización analógica o industrial hacia la digitalización en red que ocurrió en las últimas décadas.

Por eso, otra característica que podríamos asociar a las subjetividades contemporáneas es la ansiedad. En ese sentido, suelo retomar una entrevista que Michel Foucault dio en 1975, ya vislumbrando la crisis de la sociedad disciplinaria. Los celulares

aún no existían, el acelerador de audios de *WhatsApp* estaba aún más lejos de existir, pero ya era posible constatar que se estaba gestando otro régimen histórico. En esas declaraciones dadas hace casi medio siglo, Foucault decía que la sociedad que se estaba inaugurando después del '68 podría relajar o flexibilizar la represión, como dinámica privilegiada del poder, substituyéndola por una creciente estimulación, mucho más aliñada con las dinámicas del mercado. Es una transformación de enorme envergadura: un tipo de control que estimula, en vez de un control que reprime. Esto sería desarrollado más profundamente por Gilles Deleuze en su célebre artículo "Posdata sobre las sociedades de control", publicado en 1990, que aún ostenta una vigencia impresionante.

Las crisis de la escuela

La crisis de la escuela, evidentemente, no fue provocada por internet, las computadoras ni los teléfonos celulares. Es algo que viene gestándose hace varias décadas, mucho antes de la invención de esas tecnologías. Sin embargo, cuando las redes se transformaron en algo habitual y nos compatibilizamos con su modo de funcionamiento, esa crisis no sólo se acentuó notablemente, sino que además quedó en evidencia y se ha vuelto innegable. La escuela es una tecnología de época, como todas las tecnologías. En este caso, se trata de un dispositivo característico de la época moderna, que era compatible con las subjetividades y los cuerpos modernos, y que se está volviendo cada vez más incompatible con las subjetividades y los cuerpos contemporáneos.

Lo que provocó que escribiera mi libro *¿Redes o paredes? la escuela en tiempos de dispersión*, en 2012, fue que algunos estudiantes empezaron a aparecer en la universidad con computadoras portátiles, en principio para tomar notas en lugar de los clásicos cuadernos. Ya había posibilidad de conectarse a internet, con la veloz diseminación de la tecnología wifi, de modo que se instauraba una interferencia en las clases. Se sabía que las redes ya estaban disponibles y que, por tanto, algunos de esos estudiantes estaban atravesando las paredes del aula para acceder a otras experiencias. Cada vez fue quedando más claro que había un conflicto entre esas dos dinámicas superpuestas: paredes analógicas modernas, por un lado, y redes digitales contemporáneas, por otro lado. Esto se profundizó a lo largo de la década siguiente, con la proliferación de los aparatos celulares, mucho más disimulados o ubicuos y cada vez más generalizados.

En mi libro lo interpreté como una tensión de esa nueva lógica de las redes con la vieja dinámica de las paredes que estaba presente en todas las instituciones modernas, aquellas que Michael Foucault definió en *Vigilar y castigar* como "instituciones de confinamiento". Así como nosotros al compatibilizarnos con ellos, los dispositivos digitales funcionan en red, por eso tienen la capacidad de atravesar todas las paredes, incluso las de la escuela y demás instituciones. Atravesar estas paredes nos permite estar "virtualmente" en otros espacios al mismo tiempo. Las instituciones se estaban viendo desafiadas no solo por la presencia cada vez más alevosa de las redes entre sus muros, sino principalmente por nuestros modos de vivir, cada vez más compatibles con esas redes, y por tanto con las nuevas temporalidades y los nuevos modos de relacionarnos con los demás, con el mundo y con uno mismo.

Una característica de las nuevas subjetividades que resulta especialmente complicada en el ámbito de la educación es la dispersión, fenómeno que no por casualidad está explicitado en el subtítulo de mi libro: "la escuela en tiempos de dispersión". La escuela tradicional se encargaba de producir una subjetividad adecuada al proyecto moderno, dotada de ciertos atributos y habilidades, como cumplir

horarios y obedecer jerarquías, además de aprender matemáticas y lengua, saber contar y leer, etc. Era importantísimo, también, estar dotado de habilidades disciplinarias, no sólo la obediencia y el respeto a las autoridades, sino también la capacidad de concentración y de introspección.

La escuela se proponía generar ese tipo de cuerpos dotados de esas habilidades, porque serían “útiles” al proyecto industrial. En cambio, en la sociedad contemporánea, tan atravesada por los impulsos consumistas y espectaculares, son otros tipos de cuerpos los que se estimulan: conectados, visibles, ansiosos, dispersos, multitareas. Estas características no solamente son distintas a las que imperaron en la era moderna, sino que son opuestas. La dispersión y la multitarea son lo contrario a la concentración, por ejemplo, la introspección se opone a la visibilidad. Entonces, vemos que el desafío de la escuela es enorme, porque recibe subjetividades formadas por una cultura que crea un modo de vivir muy distinto al propuesto por la antigua lógica escolar.

Cabe subrayar que no se trata, en principio y desde esta perspectiva, de una evolución o una regresión, sino de un cambio de régimen histórico. Si bien podemos pensar esa “dispersión” como un déficit o una incapacidad al compararla con el ideal moderno de la “concentración”, también es posible observarla como una adaptación exitosa a otro modo de vida. En tal caso se destacaría la posibilidad que ahora tenemos de atravesar o superar las paredes que solían reprimirnos y limitarnos, la capacidad de estar en varios lados al mismo tiempo y de hacer muchas cosas a la vez. Así como sucede con otros rasgos de las subjetividades contemporáneas, es posible observarla con la perspectiva moderna y entenderla como un déficit a ser condenado, o bien con una mirada más actual que la valora como una nueva habilidad o una ventaja: la capacidad inédita de ser “multitarea”.

En relación con estas transformaciones de la institución escolar, propongo pensar cuatro momentos históricos. Primero, cuando no se consideraba que la escuela estaba en crisis, o sea, la época decimonónica y de principios del siglo XX; en aquel momento, las paredes funcionaban y había una cierta legitimidad o un consenso sobre la legitimidad de esas paredes, tanto en su aspecto opresor o represor, como en el protector y productivo. El segundo momento es el de la escuela en crisis, que se va acentuando con las redes atravesando las paredes. Un tercer momento es el de la escuela en pandemia, con las paredes escolares totalmente desactivadas y abandonadas, y las redes operando dentro de las paredes del hogar. Un cuarto momento sería el actual: la escuela postpandemia.

El primer momento, con las paredes limitadoras en auge, es el de uso exclusivo de tecnologías analógicas. En ese contexto, el Estado operaba como una mega-institución organizadora de la sociedad, la ley como su instrumento fundamental que le dice “usted debe”, tanto a los alumnos como a los obreros, soldados y ciudadanos en general. Los pequeños y grandes deberes cotidianos, los códigos morales y legales, el estudiante como un pequeño ciudadano en formación. Solo después de hacer bien los deberes se puede obtener un premio, el derecho de ir al recreo, por ejemplo, o una buena nota. Había derechos, pero solamente si los deberes se cumplían. Es la sociedad disciplinaria, con todos esos artefactos que contribuían para su implementación como el boletín, la penitencia, las amonestaciones, el rincón, el repetir varias veces “no me voy a portar mal”, el reglamento escolar, la represión y la culpa. Todo ese régimen era compatible con los cuerpos y las subjetividades modernas e industriales.

Esa escuela entró en crisis ya hace tiempo, por lo menos desde mediados de los años 1960, yendo en dirección a esta sociedad que estimula en vez de reprimir. El

lema “usted debe”, del ciudadano disciplinado, va perdiendo fuerza, dando lugar a otros cada vez más eficaces como “vos podés”, “yo quiero” y “yo lo merezco”, aunque no haya hecho los deberes ni me haya portado bien. Son otras creencias, otros valores, que se vuelven cada vez más hegemónicos en nuestras sociedades.

Ya en la tercera década del siglo XXI, con toda esa transformación histórica bastante avanzada, llega la pandemia, el tercer momento aquí delineado. Las escuelas cierran sus puertas, quedan vacías, y las redes pasan a funcionar dentro de las paredes del hogar. La escuela, entonces, se digitaliza y “virtualiza”, pasa a funcionar en las redes. La propia escuela se instala en internet. De repente, los profesores nos tuvimos que convertir en *EduTubers*, en docentes multimedia, copiando modelos de *YouTube* o de otras instancias del espectáculo y del mercado, que ya venían presionando por actualizarse al anticuado profesor tradicional. Pasamos a estar en la pantalla, a diferencia de cuando la pantalla se interponía entre la profesora y los estudiantes en el aula presencial.

A esto se sumó la cuestión de que sin internet no se podía estudiar. Si antes internet perturbaba la situación de aprendizaje, ahora era la condición para que la enseñanza pudiera ocurrir. Durante la pandemia, solamente teníamos acceso a la educación si estábamos equipados con toda esa tecnología, y eso es algo que el Estado no provee a todos sus ciudadanos, sino que se obtiene en el mercado y en tanto consumidores, obviamente atravesados por cuestiones socioeconómicas que son especialmente acuciantes en América Latina. Son factores socioculturales que ya estaban en evidencia, antes de la pandemia, pero que no sólo fueron puestos en evidencia con la crisis sanitaria sino que además se acentuaron.

Por lo tanto, no se trata solamente del entrenamiento que tuvimos que hacer para aprender a usar estas tecnologías, de la compatibilización con los dispositivos digitales, sino también de que quien no tenía el equipamiento adecuado, incluido un hogar con las condiciones necesarias. Todo ese contingente se quedó afuera de ser un *EduTuber* o un estudiante virtual. Por eso, la cuestión del Estado y el Mercado -como megainstituciones organizadores del régimen moderno y del contemporáneo, respectivamente- quedó bastante clara en este brusco pasaje del segundo al tercer momento aquí examinados. Se vio mucho con el esfuerzo que hicieron las universidades públicas, incluso escuelas públicas, para intentar equipar a aquellos estudiantes que no tenían computadoras o acceso a internet, por ejemplo. O para compensar de alguna manera esas desigualdades y esas precariedades. Porque si se deja librado al mercado, evidentemente, las brechas se van a seguir pronunciando.

Hubo movimientos por parte de las empresas, también, que vieron en la crisis una oportunidad para expandirse. En algunos lugares, por ejemplo, Facebook ofreció internet gratuito, pero claro que esa conexión pasaba por la red privada de la empresa. En Brasil, con el susto de la pandemia, varias universidades públicas aceptaron una oferta de Google para que las clases *online* sucedieran en su plataforma, algo que, en muchos casos, se perpetuó una vez levantadas las medidas sanitarias. De modo que las instituciones públicas, inclusive el propio Estado, se dejan atravesar por las dinámicas empresariales. Y las empresas asumen esas políticas supuestamente públicas de un modo bastante confuso y peligroso, si consideramos que su negocio se alimenta de los datos personales de sus usuarios.

Como quiera que sea, para ir concluyendo, constatamos que las herramientas digitales se han vuelto imprescindibles para realizar cada vez más tareas. Nuestros cuerpos y subjetividades se han vuelto compatibles con ellas en varios sentidos. Entonces, ¿qué hacemos con todo esto? La respuesta “volver a lo anterior” no solo no es posible, porque históricamente ya estamos viviendo otro momento, otro régimen, sino que

tampoco creo que sea deseable. Basta evocar imágenes bastante claras, como el lugar de sumisión que tenían las mujeres en la sociedad moderna, o todo lo que Chaplin criticaba en su película *Tiempos Modernos* respecto a los modos mecanicistas de vivir. O bien la forma de funcionamiento de la escuela tradicional, que incluía castigos físicos y otras prácticas con las que probablemente nadie estaría de acuerdo hoy en día.

Por otro lado, aquella ilusión de que se iba a solucionar todo digitalizando a la escuela o substituyéndola por internet, también quedó bastante desacreditada tras la experiencia que tuvimos con la pandemia. Quedó demostrado, para una parte significativa de la sociedad, que el edificio escolar y los encuentros presenciales en la situación de aprendizaje son valiosos. Sería importante, entonces, que aprovechemos este momento para cuestionar en qué consiste el aprendizaje, qué es lo que queremos que suceda en esos encuentros, qué sentido queremos darles a esas paredes. Creo que estamos en ese umbral y hay que aprovecharlo. El rol del educador tiene que ver con esto, sin dudas. Se trata de aprovechar la experiencia, con todo lo negativo y doloroso que evidentemente sucedió. Pero ya que vivimos esa experiencia tan intensa de prácticamente dos años de tener casi exclusivamente ese contacto a través de las pantallas y por internet, aprovechemos para reflexionar acerca de qué extrañamos, qué nos faltó, qué escuela imaginamos ahí nostálgicamente para reinventarla. Es algo que debemos lograr colectivamente, porque el problema es de la sociedad como un todo, y no se va a resolver con las decisiones de cada consumidor aislado y (des)conectado.

Bibliografía

- Corea, C. y Lewkowicz, I.** (2004). *Pedagogía del aburrido: Escuelas destituidas, familias perplejas*. Buenos Aires: Paidós.
- Crary, J.** (2015). *24/7: Capitalismo tardío y el fin del sueño*. Buenos Aires: Ariel.
- Debord, G.** (1995). *La sociedad del espectáculo*. Buenos Aires: La Marca.
- Deleuze, G.** (1991). Posdata sobre las sociedades de control. En Ch. Ferrer (comp.). *El lenguaje libertario*, 2. Montevideo: Nordan.
- Foucault, M.** (1992). Nietzsche, la genealogía, la Historia. En *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M.** (1993). El panoptismo. En *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M.** (1993). Poder-Cuerpo. En *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- Freud, S.** (2011). *O mal-estar na civilização*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Preciado, P. B.** (2020). Aprendiendo del virus. *El País*, 28/03/2020.
- Sibilia, P.** (2012). *Redes o paredes: La escuela en tiempos de dispersión*. Buenos Aires: Tinta Fresca.
- Sibilia, P.** (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sibilia, P.** (2020). El malestar de lo ilimitado. *Fronteras*, 33 Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, Montevideo, pp. 984-987.
- Sibilia, P. y Galindo, M. A.** (2021). Correndo para não perder nada: Temporalidade ansiosa e a frustração do (i)limitado. *Civitas - Revista De Ciências Sociais*, 21(2), p. 203-213.